

© 2022 | Rosauro Varo Cobos

© 2022 | Mixtura Editorial SL, Sant Boi de Llobregat

DIRECCIÓN EDITORIAL | Jesús Aguado

DISEÑO | Ferran Fernández

MAQUETACIÓN | Zaranda & Jo

ILUSTRACIÓN DE LA PORTADA | Carol Gómez Pelegrín

ISBN | 978-84-125513-5-8

DEPÓSITO LEGAL | B-16476-2022

IMPRIME | Kadmos

Impreso en España | *Printed in Spain*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).



www.mixturaeditorial.com

Rosauro Varo Cobos
LUGAR COMÚN

mxtura

*Para Léa,
por una vida tan real*

*A Miquel Duran,
por las ficciones compartidas*

Fanga

*Ah! Essa sou eu:
órbital vazias no desespero
de possuir a vida*

NOÉMIA DE SOUSA, *Se me quiseres conhecer*

Ciertas personas aseguran que nací en una fecha señalada. Y lo repiten cada uno de marzo. Todos los uno de marzo desde el año mil novecientos ochenta y seis. Y lo dicen porque llegué a este mundo el día que se libró la batalla de Adua. O de Adwa. O de Adowa. No ese mismo día, claro. Noventa años después de que el ejército abisinio derrotara al italiano en tierras africanas. Dudo que hoy, más de un siglo después de aquella legendaria victoria, haya algo que festejar. Mucho menos cuando acaba de anochecer. No son horas. En Sorongo el sol desaparece a las seis de la tarde. Justo cuando comienza el toque de queda. Y todo se esconde tras una oscuridad sellada. La misma que me rodea ahora mismo. Así que yo, por lo menos, no tengo ningún motivo que invite a la celebración. Como no lo tenían los ochocientos *askaris* que, tras la mítica contienda, fueron hechos prisioneros. A los que les cortaron la mano derecha y el pie izquierdo. ¿O

era al revés? No recuerdo bien ahora mismo. Espero que, si deciden hacerme algo parecido, me corten la mano izquierda. No me gustaría tener que aprender a escribir de nuevo. Ni a auscultar. Ni a cocinar. Ni a saludar. Ni a palpar. Ni a masturbar. Aunque, si salgo de aquí, me extrañaría recuperar las fuerzas para hacer nada de eso. Habrá que esperar, cuánto no sé, para conocer mi diagnóstico final.

¿Cuándo fue que salimos de Sorongo? ¿Un mes, una semana, un día, una hora, una vida? ¿Cómo saberlo entre estas sombras de plomo que me envuelven? De cualquier manera, qué importa. Qué más da que hoy se conmemore el *Black Friday*, el *Red Sunday*, el *Blue Monday*, el *Giving Tuesday* o la *Cyber Week*. Desde que me secuestraron, he estado enjaulada en este Berliet, el mítico camión de la Armada francesa. O eso creo haber entendido. Se lo escuché decir a uno de los soldados. Viajo hecha un ovillo deshilachado en el fondo de su caja trasera. La he abandonado en una sola ocasión y, visto cómo transcurrió la visita al exterior, preferiría no haber salido. Ni haber tratado de escapar. No volveré a hacerlo. ¿Para qué? Ya no me apetece salir a pasear. Ni saborear ningún paisaje tropical. Ni hablar con personas vivas. Menos aún, volver a estar de guardia en el paritorio del hospital. Además, no me importa mearme encima y, como no tomo nada de lo que me ofrecen, no tengo ganas de cagar. Miento. Me gustaría salir a correr por Sorongo. O jugar con los niños del pueblo al terminar de traba-

jar. O salir a tomar una cerveza por Barcelona. Tengo que resistir. Por mis padres. Por Marta, Sara y Andrés. Y, quizá, por mí. De acuerdo, si vuelven a sacarme, intentaré huir otra vez. Y, si no lo consigo, ojalá los tres soldados puedan perdonarme. Esperaré esa segunda oportunidad. Aunque no es fácil aprovechar las oportunidades. Las primeras las desperdiciamos sin darnos cuenta, y las segundas nunca terminan de aparecer. ¿Me responderán las piernas en la próxima ocasión?

Lo cierto es que las caderas no me duelen como al principio. Tenía que cambiarme de lado una y otra vez. Y eso, con los pies y las manos atadas por detrás, me costaba una eternidad. Una incómoda y cansina. También necesaria e inevitable. Como toda eternidad. Por fortuna, me aflojaron las cuerdas. Los hematomas alrededor de las muñecas y los tobillos me siguen molestando. Pero ya no me tortura ese dolor puntiagudo y opresivo que me encogía. Pensaba que mis dedos iban a estallar. Hasta que perdí toda sensibilidad, así fue. Por momentos, creo que lo mejor sería convertirme en un *askari*. Y que me cortaran la mano. O el pie. O lo que les viniera en gana. Y que se llevaran también las caderas. Porque los baches no ayudan. Esta carretera no tiene ni un centímetro libre de ellos. Los he sufrido en cada una de las dos. En la una o en la otra. Sin contar el cerebro y la boca del estómago. Mis caderas han adquirido la textura y el color de una piedra de carbón. Después, claro, de que la sangre y el pus se hayan terminado de resecar. Cuando las toco, no sé si

he dejado de sentir las yemas de los dedos o la úlcera roñosa y maloliente que las recubre. Ahora es cuando una toallita húmeda serviría de verdad. Una de esas de los aviones que huelen a ambientador de taxi rancio y sudado. Como este camión. No comprendo por qué las ofrecen al inicio del trayecto. Ni estás cansada para que te refresquen, ni estás sucia para que te limpien. Tampoco me importaría que apareciera por aquí la azafata que me atendió en el viaje hacia Amebia, el país al que Sorongo tiene la suerte de pertenecer. No daba la impresión de que aquella señorita tuviera el bazo inflamado, pero sin palparle la barriga sería imposible saberlo. Podría haberle pedido permiso para hacerlo. O rogarle que firmara un Consentimiento Informado. O suplicarle para que, por lo menos, posara como modelo fotográfica. Y trazar los límites de sus órganos abdominales. Para compararla con la mujer de la foto. Y conmigo. Las dos son negras, pero dudo que compartan (compartamos) mucho más. Me gustaría saber qué opinión le merece a la azafata la mujer de la foto. La de los tres soldados que me retienen, por el contrario, no me importa en absoluto.

—*Muzun...zun-zun-gu*, ¿ya-a-a estás quejándoo-o-te-e-e otra vez? ¡Cálla-a-a-te, joder!

Los baches son como las órdenes, los tartamudeos y las amenazas. O como los golpes. Tras uno suele venir otro. No falla. A veces son muchos seguidos. Después de una de esas rachas tengo que cambiar de posición. Y colocar el cuerpo en dirección al

militar que tengo enfrente. Sentado en el suelo con los brazos rodeándole las rodillas y el kaláshnikov. No deja de observarme. O eso intuyo. Porque yo intento no mirarlo. La mayor parte del tiempo tengo los ojos cerrados. Si los entreabro puedo verle las botas. No siempre son las mismas. Son seis botas y tres militares en total. En la cabina delantera viajan otros dos. Apenas hablan. Uno de ellos nada en absoluto. Al menos, hasta ahora, no ha soltado palabra. ¿Tendrá problemas para hablar como su compañero tartamudo? ¿Una disfasia, quizá? ¿Una disfemia, una disartria, o una erección? ¿O no encontrará, como yo, algo interesante que decir? Si es eso, poco que objetar. Son seis botas, tres militares y dos voces en total. La del segundo soldado es como la de un locutor de radio. De esos que hablan de madrugada. Y que susurran con una atrayente mezcla de inquietud y seducción. Más lo primero que lo segundo, desde luego. En resumen, que voy acompañada de un tartaja, un locutor y un fantasma. Desde luego, no parecen los mismos que me abordaron en la puerta del hospital para pedirme esos medicamentos que ahora me serían tan útiles. Más allá de sus cuerdas vocales, si quisiera investigar el tamaño de sus pies, el número de sus órganos internos o la existencia de su alma, tendría que hacerles una autopsia. No sé si aceptarían. Y resulta difícil adivinarlo sin poder preguntar. Mucho más fácil me resulta saber lo que escuchan: Radio France Internationale. Es la única emisora que llega a la región, y la

mantienen permanentemente encendida. Me cuesta, sin embargo, distinguir de lo que hablan en la radio. Quizá informen sobre mi secuestro. O sobre el aniversario de la batalla de Adua. O sobre la deuda escondida de un Estado africano. O sobre el número de muertos tras una catástrofe natural. O sobre la mortífera epidemia provocada por un virus hemorrágico. O sobre los últimos migrantes ahogados en el Mediterráneo. O sobre un documental de Beyoncé.

Entre noticiario y noticiario suena música. Hace unos días lo hizo *Madan*. ¿Cómo sospechar siquiera que escucharía mi canción favorita de Salif Keita en una situación como esta? *O laka lamma le... O laka lamma le... O laka lamma le dja... O laka lamma le...* A saber qué coño quiere decir esa letra. Y si tiene un mensaje escondido. Leí una entrevista donde Keita afirmaba que la democracia no era algo bueno para África. Supongo que será cierto para africanos como él, que viven igual que un emperador songhay, rodeado de negros, blancos y desteñidos que le chupan el trasero. Debería cambiarse por mí. O enviar, en su lugar, a alguno de esos fieles lameculos. Y, después de llevar una semana encerrado como ganado esponjiforme, que repitiera esa frase. Su último disco es una mierda. Igual que todos los anteriores. Tendría que retirarse. O venir aquí conmigo. O votar en una dictadura democrática y participativa. A pesar de los albinos fascistas me encanta *Madan*. Me gusta la música y, ahora, mucho más que nunca. Dicen que

ayuda a sentirse libre y a vivir sin ansiedad. Pues eso. No canto bien, pero tengo una memoria portentosa. Cuando la radio no emite ninguna canción, me imagino que lo hace. Y tarareo cualquiera que se me viene a la mente. Sin saber por qué, aparecen. Me traen buenos recuerdos. Y ganas de llorar. Igual que *Madan... Se jolaka lamma le... Se jolaka lamma le... Se jolaka lamma le dja... Se jolaka lamma le...* En cuanto regrese a Barcelona, buscaré la traducción al español. Y así la cantaré, traducida. Tal y como se declama la auténtica poesía, la de calidad. Es la única que merece la pena. La poesía traducida, digo, no la de calidad. Mi padre recitaba a diario. Poemas, leyendas y listas de la compra. Aunque lo que de verdad le gustaba era bailar. Lo recuerdo delante de los altavoces del salón de casa. Con los pies clavados en el suelo y el culo hacía atrás. Con el pecho hacia delante tocando sus rodillas flexionadas. Con una sonrisa gigante que le abría la boca como un buzón. Haciendo palmas sin parar. Y moviendo las caderas como si trazara el símbolo del infinito. Cada vez más rápido. Cada vez más excitado. Cada vez más cerca del suelo. Parecía que se fuera a partir. Y riendo, continuamente riendo...

—*¡Muzun...zun-zun-gu!* Como si-i-i-gas gimo-tea-a-ando te rompo-o-o la cabe-e-e-za.

A los soldados no les gusta que hable. Ni que cante. Ni que recite. Ni que intente escaparme. Aunque a mí tampoco me gusta que tartamudeen. Ni

que siempre me amenacen con lo mismo. Como si no me hubieran destrozado ya la cabeza. La cabeza, el cuerpo entero y partes independientes del alma (si es que existe, claro está). Como la primera vez que salí del camión. No sé cuánto tiempo llevaba dentro, ni cómo entré en él. El último recuerdo que guardo de Sorongo es de Paulina llamándome a través de la ventana. Cuando le abrí la puerta apareció aterrada en el salón. Luego cayó fulminada en el suelo. Pero no quiero revivirlo de nuevo. No es una imagen agradable. Volviendo a mi salida del camión. Se paró en seco, se apagó la radio y se abrieron las puertas delanteras. Si detecto la mínima oportunidad, echaré a correr, pensé. Escuché el ruido áspero de una cerilla que se encendía. Era de noche y me costaba abrir los ojos hinchados. Apenas veía. La boca me sabía a metal oxidado. Y me dolía la cabeza. En la frente tenía un bulto enorme que palpitaba con estruendo. Como si dejaran caer cíclicamente un punzón. Con un golpe seco. Uno detrás de otro. El segundo soldado, el locutor, se dirigió a mí.

—*Muzungu*, ¿puedes moverte tú sola? Espero que sí. Será mejor para ti. Intenta levantarte y acercarte hasta la compuerta trasera.

Las cosas se deberían pedir así. Susurrando. Con educación. Y con respeto. Sea para lo que sea. De este modo, se hacen con más facilidad. Aunque no se sepa para qué, por qué o para quién. Desconocía, en ese momento, cuántos militares eran. Lo sabría en breve.

Continuaba tendida de medio lado en el suelo oxidado del camión. La espalda pegada a la cabina del conductor. Las piernas encogidas sobre mis pechos. Envuelta en una manta impregnada de olor a guano y vómito etílico que todavía me raspa la piel. Tendría que haber pedido a los militares que trajeran mi maleta. Solo llevaba puestas unas bragas y una camiseta. Esa que solía utilizar para dormir. Tiene dibujado un puño apretado levantado al aire. Un puño negro y alzado en posición de victoria, de orgullo.

—*Muzungu*, espero que hayas entendido lo que te he dicho. Si no es así, te lo repito. Y por última vez. Intenta levantarte y acercarte hasta aquí.

Lo intenté, por supuesto. Pero solo conseguí mover los párpados unos milímetros. Con el esfuerzo con que se mueve una patera varada. O el cuerpo flotante de un ahogado. O una lápida sin epitafio. Distinguí las brasas de un cigarro. Las caladas lo hacían brillar en la noche. Y con cada una de ellas, refulgían unos ojos de chacal que me taladraban. Los soldados, observándome de pie desde fuera, mantenían un silencio de los que en una novela, un guion de cine o un chat de móvil se definiría como fúnebre. Otros calificativos como incómodo, tenso o angustioso también servirían. El croar de los sapos era el único ruido claro aquella noche. Cuando llegué a Sorongo, su sonido volátil, como de burbujas bajo el mar, me impedía dormir. Un tiempo después, esa orquesta nocturna me relajaba. Ponía límites a la oscuridad infinita en la que se

convertía la noche sorongoleña. Era como ser ciega y estar dentro de una habitación mientras afuera llueve sin cesar. Ahora que lo pienso, ¿ha llovido alguna vez desde que estoy aquí dentro? Y en Barcelona, ¿lo habrá hecho mientras tanto? Qué más da. Lo importante es que, llueva donde llueva, haya sapos. Muchos. Cumplen una función vital. Por lo menos para mí. Porque amortiguaban el zumbido de los mosquitos que invaden Sorongo como una plaga bíblica. Nunca podría haberme figurado tal concentración de insectos. Desplegándose con un runrún torturador que entra directo en el cerebro. Que resuena sin descanso desde el interior de la cabeza. Un rumor tan estridente como el que tengo desde que me secuestraron. Que ni los sapos pueden calmar. Ni la lluvia. Ni la música. Ni el dolor de cabeza. Ni el de las caderas. Ni el de las muñecas. Ni el de los tobillos. El locutor volvió a advertirme.

—*Muzungu*, si no te mueves, tendremos que entrar a por ti y cargarte. Y no seré yo el primero que entre...

Si no me movía, es porque no podía hacer el mínimo gesto. El dolor, el entumecimiento y el miedo me lo impedían. Me encogían. Cada movimiento me provocaba un crujido paralizador en las articulaciones que parecía el anticipo de un estallido. Así, cualquiera se mueve. ¿Y quién sería el primero que entrase? Corrieron los pestillos de la compuerta y la dejaron caer a plomo. El estruendo me hizo temblar. Alguien saltó al interior. Sentí una náusea y cuatro pasos que se acercaban. Esa es la distancia que, hasta ahora, me

ha separado del exterior. Cuatro pasos. Unas manos que olían a tabaco y a cuero me agarraron del cuello, lo apretaron y levantaron mi cabeza. Las brasas del cigarro desaparecieron. Dejé de oír los sapos. Después me soltaron. Me golpeé el cráneo con el suelo. Otros cuatro pasos que se acercaban. Y sentí cómo me golpeaban la cara. Con un puño alzado al aire. Varias veces. La sangre me inundaba la nariz. La boca. Los ojos. Pararon de pegarme. Me volvieron a sujetar del cuello. La sangre ya no me dejaba oler. Los sapos volvieron a callar. Los tobillos me crujían. Y las muñecas. Una respiración entrecortada, como la de un búfalo con las narinas en tensión, se acercó a mi cara. Me llegó un murmullo liberado entre dientes apretados que chirriaban:

—*Muzungu*, te lo he repetido una y otra vez. Es por tu bien. Te conviene hacer lo que digamos.

Siempre he hecho lo que han querido. O al menos casi siempre. No necesitaba ese consejo de mierda. Menos de alguien que solo conozco de darme órdenes y soltarme hostias. Ya sé lo que pasa cuando no me muevo. Si no lo hago, es porque no puedo. Que me muevan ellos. Y después, que hagan lo que les venga en gana. Ya sé lo que pasará conmigo. No me voy a resistir. Ni voy a intentar huir. Al menos, de momento. Aprendo rápido. Y hay ciertas cosas que, además, interioricé hace mucho tiempo. Dos en concreto: obedecer órdenes y agachar la cabeza. Lisa-Kaindé y Naomi Díaz me las enseñaron

en el colegio. Y las asimilé, como alumna impecable que siempre he sido, antes de cumplir los diez años. Antes de que se celebrase el centenario de una gran batalla histórica. Al poco tiempo de empezar a librar mi particular cruzada contra las dos gemelas. A perderla más bien. Nunca hubo opción de lo contrario. Sus ataques eran de una perseverancia y una imaginación que, vistos con perspectiva, me parecen admirables. Aguijonazos continuos. Sin pausa. Cada día. Me insultaban por cada defecto físico que imaginaban en mi cuerpo. Y me amenazaban con dejarme tuerta, o sorda, o manca. O borrar la cara fea y desagradable que, según ellas, tenía. He de reconocer que esto no me afectaba en particular. Ni que me robaran lápices, pegaran collejas, escondieran chicles masticados en mi pelo, o metieran sus compresas sucias en mi mochila. Lo que me jodía de verdad era que se burlaran de la muerte de mi hermana. No llegué a conocerla. Para ser exactos, la conocí durante unos instantes que no puedo recordar. Murió en el transcurso del parto salomónico en el que ambas nacimos. Tal vez, si hubiera salido antes que yo, hoy estaría viva. Pero salió demasiado tarde. Y falleció a los pocos minutos de nacer. ¿Cómo sabían Lisa y Naomi esta historia? Se mofaban de que yo fuese una única y solitaria gemela. Una gemela incompleta y defectuosa. Esto sí que me dolía. Que se riesen del color descafeinado de mi piel, también. Me alegró saber que su padre había

muerto. Más aún, cuando las escuché decir en una entrevista que ese golpe las había hecho crecer. Mentira. Ese palo las había hecho llorar y sufrir, como a todo el mundo. Nadie crece con la muerte. Todo lo contrario. Desde que nos conciben sin permiso, vamos encogiendo poco a poco. Paso a paso. Nos enrollamos como un pergamino en blanco que se pudre y se resquebraja. Hasta el momento en el que, por fin, morimos. En mi caso, no debo de andar lejos. Las gemelas tienen ahora una banda de música y cantan, según predicán por los medios de comunicación, para fomentar la tolerancia y el entendimiento entre culturas. Eso es lo maravilloso que tiene el sufrimiento: estrecha lazos y reporta beneficios. Podrían venir a hacerme compañía para continuar su promoción. Con Salif Keita y alguno de sus albinos de circo. Para que, con suerte, todos sangráramos del mismo color. Si no pueden acercarse hasta aquí, ya podrían ahogarse juntas en un río sagrado. No cumplieron su amenaza de dejarme tuerta, pero lo intentaban escupiéndome en los ojos. No me quejo. Porque ahora no me asquea la saliva que los militares sueltan al gritarme en la cara. Ni me importa cuando meten su lengua en mi boca y la restriegan por los dientes y el paladar. Peor es el olor mezcla de tabaco y yoyo que tienen pegado al cuerpo y la ropa. Se cuelga por la nariz hasta anclarse, para torturarla, en la boca del estómago. Como me pasó con el puño del segundo soldado.